

Sobre la función paterna: de la imago a la metáfora

Antonio Di Ciaccia

*Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Analista Miembro de la Escuela (AME),
de la École de la Cause Freudienne (ECF) y de la Scuola Lacaniana di Psicoanalisi (SLP) - Roma*

En el "Prefacio para un libro de August Aichhorn", Freud recuerda haber hecho suyo el viejo adagio de las tres profesiones imposibles: educar, curar, gobernar. [1] Lacan subraya que en *Análisis terminable e interminable* Freud interviene en la serie sustituyendo *Kurieren* por un nuevo término: *das Analysieren*. "El acto analítico sería la tercera de las profesiones imposibles", concluye Lacan. [2]

Inicio mis notas sobre la primera parte de la enseñanza de Lacan acerca de la función paterna, haciendo referencia a este paso de Freud, comentado por Lacan, para indicar desde el vamos un punto preciso: la función paterna en psicoanálisis es, ante todo, una función de gozne por la que pasan diferentes vías todas ligadas a lo imposible.

Este imposible tiene su raíz en el hecho de que no todo es significantizable y, entonces, no todo puede ser significantizado y ser domesticado por los poderes de la palabra. Lo cual quiere decir que estructuralmente en el universo del lenguaje hay un agujero. Agujero que obligará a Lacan a ir más allá de su primera formulación de la función paterna. Agujero que expresará en el aforismo "no hay relación sexual". Sin embargo, a pesar de todo, la función paterna es el instrumento que, según Lacan, la misma estructura del lenguaje pone "normalmente" -entre comillas-, a disposición del *hablanteser* para poder hacer como si el agujero no existiese, o al menos para saber hacer con este agujero.

LAIMAGO

En 1938 Lacan aborda en modo sistemático la cuestión de la función paterna en "Los complejos familiares en la formación del individuo". De entrada él introduce el texto haciendo consideraciones acerca de las relaciones entre la naturaleza y la cultura en lo que se refiere a la familia humana. Y lo hace no tanto para subrayar los fundamentos naturales, biológicos, que son equivalentes para el hombre y para el animal. El reino animal de hecho es rico en ejemplos en los que los adultos se ocupan de asegurar el desarrollo de la prole. Ahora bien, para Lacan, todo ello no es suficiente para situar la familia propiamente humana. Como él lo escribe "basta reflexionar acerca de la medida en que el sentimiento de paternidad esté en deuda con los postulados espirituales que han marcado su desarrollo para entender que, en este ámbito, las instancias culturales dominan sobre las instancias naturales (...)". [3] En la estela de la lectura hegeliana que saca a la luz el refinamiento propio del ser humano con respecto al animal, la cultura es el nombre que viene dado a lo que trasciende la naturaleza, aquello por lo cual las necesidades humanas adquieren una movilidad y aquello por lo que sus modos de satisfacerlas se particularizan.

He aquí situados los complejos familiares en un marco ciertamente sociológico, y no es casual que él haga referencia a Durkheim. Pero Lacan no se detiene en la lección sociológica ya que, más allá de la sociología, resulta delineada una secuencia que conjuga lo social con el desarrollo del sujeto. Y lo conjuga sin utilizar todavía lo

simbólico en cuanto tal, sino recurriendo a un término -imago-, del que se vale para conectar lo imaginario y lo simbólico. A partir de aquí los complejos familiares toman forma en tres escansiones: el complejo de destete, el complejo de intrusión y el complejo de Edipo. El complejo de destete pone en juego la relación primaria y primordial del niño con la imago materna. El complejo de intrusión pone en juego la relación del niño con la imagen de su semejante. El complejo de Edipo, en fin, pone en juego para el niño la triangulación edípica que tiene como pieza de sostén a la imago paterna. En los complejos, el niño, por medio de la imago, encuentra las modalidades para regular su propia inserción en la vida y la sexualidad.

Como lo hace notar Jacques-Alain Miller, desde ese momento los complejos familiares son articulados con una particularidad, que será una premisa imprescindible del psicoanálisis según Lacan, ya que "las escansiones del desarrollo encuentran su sentido sólo a partir del Edipo". [4] Esta anotación es importante, porque sitúa dos aspectos que se mantendrán esenciales en la lectura lacaniana de la experiencia freudiana: en primer lugar, indica que el Edipo no se sitúa cronológicamente después de los otros complejos, sino que es concomitante a la misma venida al mundo del niño. El niño no entra en el mundo de lo humano después de haber atravesado estados precedentes, ya que entra inmediatamente en el campo de lo simbólico. Ahora, este campo está estructuralmente puesto en función por el Edipo: en otros términos el Edipo y lo simbólico coinciden. El Edipo opera no ya a partir de un determinado momento del desarrollo, sino que opera a partir del tiempo de la estructura. El tiempo de la estructura es el tiempo del sujeto. Dicho de otro modo, el Edipo no se sitúa en modo diacrónico con respecto a un individuo que viene al mundo, sino que es sincrónico del sujeto mismo.

EL EDIPO Y EL CAMPO DEL LENGUAJE

El complejo de Edipo recubre entonces "con su significación el entero campo de nuestra experiencia" y marca "los límites que nuestra disciplina asigna a las subjetividad: es decir, aquello que el sujeto puede conocer de su participación inconsciente en el movimiento de las estructuras complejas de la alianza, verificando en su existencia los efectos simbólicos del movimiento tangencial hacia el incesto, que se manifiesta a partir del advenimiento de una comunidad universal". [5] Es en estos términos que Lacan asigna al Edipo la fuerza de estructurar el mundo humano: el Edipo es el principio normativo fundamental, la ley primordial que sobrepone el reino de la cultura, al reino de la naturaleza. Ley que adquiere en la prohibición del incesto el valor de gozne subjetivo. Lacan anuda así las dos vertientes del Edipo: por un lado el Edipo consiste en aquel simbólico que vuelve humano al mundo de los hombres y, por el otro, el Edipo consiste en una limitación radical del goce indicada en la prohibición del incesto. "Esta ley se deja entonces reconocer suficientemente como idéntica a un orden de lenguaje". [6] De este modo, Lacan hace la juntura entre el orden del lenguaje y el inconsciente freudiano. Son conocidas las referencias que Lacan encuentra en la obra de Freud para mostrar cómo los sueños, los lapsus, los actos fallidos y los síntomas, por ende todas las formaciones del inconsciente, revelan una estructura que es del orden del lenguaje. [7]

EL EDIPO BIFRONTE

El Edipo entonces es bifronte: tiene una cara que es universal, válida para la humanidad; la otra cara, en cambio, es particular, válida para todos pero singularmente, uno por uno. La cara universal se resume en el hecho de que el mundo humano es el mundo simbólico; la cara particular se resume en el hecho de que, para cada ser humano, lo simbólico comporta una pérdida de goce y que lo marca en un modo de todo singular para cada uno. La función paterna es ese elemento que hace de juntura entre estas dos caras.

Por otra parte, la función paterna resume todas las relaciones necesarias para el individuo en su maduración y en su desarrollo, aunque las trasciende a todas. "Aun si es representada por una sola persona, la función paterna concentra en sí relaciones imaginarias y reales, siempre más o menos inadecuadas a la relación simbólica que la

constituye esencialmente". [8] Lacan escinde así la función paterna considerándola por una parte, como relativa al mundo de la realidad cotidiana y de sus implicaciones imaginarias y, por otra parte, como relativa a la estructura fundamental del hombre, es decir, correlativa a lo simbólico mismo. Ahora lo simbólico viene a ser la fibra de la función paterna. Y por lo tanto, si la función paterna se encarna más o menos bien en una persona concreta para cada ser que viene al mundo, en realidad la función paterna trasciende a la persona y tiene su propio soporte en lo simbólico. "Es en el Nombre-del-Padre que debemos reconocer el soporte de la función simbólica, que desde el inicio de los tiempos históricos identifica la propia persona con la figura de la ley". [9]

El Nombre-del-Padre es el término que, en Lacan, designa la función paterna. Lacan mismo señala que él toma la expresión de la religión. De hecho en la religión y en los mitos siempre es distinguida la función del padre de la función del progenitor y "la atribución de la procreación al padre puede sólo ser efecto de un puro significante, de un reconocimiento no del padre real, sino de aquello que la religión nos ha enseñado a invocar como Nombre-del-Padre". [10]

UN PROBLEMA AL MARGEN

La referencia hecha por Lacan al lugar que ocupa en la religión el Nombre-del-Padre nos lleva a una consideración al margen, que requeriría un tratamiento apropiado: concierne al lugar que Dios ocupa en la teoría analítica con respecto a la función paterna. Es sabida la posición de Freud: "el psicoanálisis nos ha enseñado a reconocer la interconexión existente entre el complejo paterno y la fe en Dios, nos ha indicado que el Dios personal no es otro, psicológicamente, que un padre elevado". [11] Para Lacan se trata del revés: no es el padre como tal el que es correlativo a lo simbólico, sino que lo es la función paterna, y es de la función paterna que un hombre puede tomar para otro sujeto -siéndole progenitor o no-, la justificación lógica y estructural de su posición de padre. La cuestión de Dios, entonces, no hay que ponerla en relación con el padre sino con la función paterna y, en último análisis, con el valor de lo simbólico como tal. No se trata, para Lacan, de una profesión de fe, sino del hecho que el mundo simbólico, el lenguaje, comporta una función de alteridad respecto al sujeto, función que toma cuerpo en las figuras de lo que Lacan llamará el gran Otro. El sujeto supuesto saber por un lado y el Nombre-del-Padre por el otro, son los dos ejes para reconsiderar la cuestión de Dios a la luz del psicoanálisis.

DEL TRES AL CUATRO

Pasemos ahora del Edipo en cuanto valor universal de lo simbólico, fuente del mundo cultural humano, al Edipo en cuanto estructuración particular que concierne, uno por uno, a cada ser humano que viene al mundo. Como se sabe el Edipo freudiano comporta la triangulación entre tres personajes: el niño, la madre y el padre. Para Lacan el Edipo no comporta tres personajes, sino cuatro. "Si tratamos de situar en un esquema lo que sostiene a la concepción freudiana del complejo de Edipo, vemos que no se trata de un triángulo padre-madre-niño, sino de un triángulo (padre)-falo-madre-niño. ¿Dónde está el padre aquí dentro?", se pregunta Lacan. Y se responde: "Está en el anillo que mantiene todo junto". [12] Para Lacan, el Edipo comporta entonces cuatro elementos. Más bien, para ser exactos, comporta tres elementos más uno.

Tomemos en consideración estos elementos:

La madre. La figura de la madre mantiene siempre en la enseñanza de Lacan la función de representar en el inconsciente, el primer Otro para el sujeto, ese "Otro real inscrito en lo simbólico bajo el significante del objeto primordial, exterioridad primera respecto al sujeto, que en Freud lleva el nombre de das Ding". [13] La madre representa aquel "Bien Supremo que es das Ding", [14] la Cosa, el objeto del incesto, el bien interdicto.

La díada madre-niño. La relación madre-niño, "efectivamente fundamental", es el modelo de toda relación imaginaria. Ahora bien, "esta relación es indudablemente apta para dar la idea de que se trata de una relación real". [15] Aquí Lacan subraya el punto en el que la teoría y la práctica del psicoanálisis han tomado un desvío,

entendiendo como real la relación madre-niño, mientras que se trata de una relación imaginaria. El hecho de que sea imaginaria, no quiere decir que se trate de una relación ilusoria, sino que entre los dos -madre y niño-, hay una relación, seguramente de goce, pero carente de dialéctica.

Sólo lo simbólico, como tercer término, asegura la dialéctica y una circulación de deseo tal que no se cierre en un goce mortífero a dos. En realidad esta díada madre-niño no es imaginaria sólo por causa de su relación dual, sino que es una ficción desde el momento en que está ya inscrita en lo simbólico: de hecho, para el ser que viene al mundo, no hay vida humana sin la sincrónica inscripción en lo simbólico. Inscripción que podrá estar más o menos en déficit, lo cual abre una clínica diferencial, como testimonia la clínica de la psicosis.

El tercero. Freud había reconocido en el padre al tercero necesario. Lacan en cambio reconoce al tercero en el falo. Falo, cuya primacía, como recuerda Freud, opera en los dos sexos y esto desde el nacimiento. La díada madre-niño se convierte así en una tríada con el falo. ¿Pero qué estatuto tiene el falo?

El falo no es ciertamente el pene. Es necesario distinguir cuidadosamente "el pene, en cuanto órgano real con funciones definibles por medio de ciertas coordenadas reales, del falo en su función imaginaria". [16] En la función imaginaria el falo es aquel objeto imaginario que le falta a la mujer. "Freud nos dice que en la categoría de las faltas de objeto esenciales, la mujer tiene la del falo y que esto tiene un estrechísimo vínculo con su relación con el hijo. Por una simple razón, si la mujer encuentra en el hijo una satisfacción es precisamente en la medida en que encuentra en él algo que calma en ella, más o menos bien, la necesidad del falo, que la satura". [17] Saturación afortunadamente incompleta, sea para la madre cuya falta, no obstante el niño, queda sin poderse colmar; falta que está en la base del hecho de que la madre es y seguirá siendo una mujer. Pero saturación incompleta también para el niño que, no obstante se proponga "él mismo como el objeto que (...) colma" [18] a la madre, queda -y afortunadamente-, bastante más acá de esa desmesurada tarea. Tenemos aquí el esquema por el cual el niño, en su identificación con el falo imaginario que falta a la madre, intenta terapeutizar la falta materna y se ofrece a mitigar su deseo radicalmente insatisfecho.

Pero si por un lado tiene una vertiente imaginaria, el falo tiene una vertiente principal ligada al orden simbólico. Por lo tanto, está estrechamente correlacionado con la función paterna. Para Lacan, la primacía del falo freudiano es la primacía de lo simbólico: el falo es ese significante que, para los dos sexos, liga el cuerpo y el mundo simbólico.

Lacan deduce a partir de Freud el lugar central del falo en la economía libidinal del sujeto. Pero, partiendo de los datos clínicos freudianos, demuestra que la primacía del falo no es la primacía del pene en cuanto órgano, ni se concentra en su valor imaginario, por el hecho de que la centralidad del falo se justifica sólo a partir de la operación de significantización operada sobre el órgano -que él llama en el texto La significación del falo "lo significable" [19]-, para simultáneamente removerlo y elevarlo -Lacan utiliza aquí el término hegeliano *Aufhebung*- a la dignidad de significante cuyo significado es el deseo, sosteniendo de ese modo su doble función imaginaria y simbólica en la economía subjetiva.

Es recurriendo una vez más a la tríada imaginario-simbólico-real, que Lacan podrá reestablecer algún orden en el campo descubierto por Freud.

EL CUARTO COMO MÁS UNO

Tomemos ahora en consideración ese más uno, respecto de la tríada falo-madre-niño, y que Lacan escribe

entre paréntesis. ¿De qué modo el padre cumple esta función? La cumple porque en su vertiente simbólica, él coincide con lo simbólico mismo. En este sentido se puede afirmar que el verdadero padre del hombre es la palabra. Y aún así, si la función paterna radica en el padre simbólico, ella no interviene en la dialéctica edípica sino por intermedio del padre real. Es en el padre real que se encarna la función paterna. Pero él podrá intervenir válidamente, sólo a condición de apoyarse sobre la función paterna simbólica. Entonces él es para la madre del niño aquel que puede ofrecer aquello que le permitirá desear más allá del hijo. En este sentido, le indica a la mujer que la solución de ser madre no resuelve del todo la cuestión de su feminidad. Y con respecto al niño, él cumple la función de ser el agente de la castración, es decir, ser el operador estructural que introduce al niño en la dimensión del deseo, separándolo a la vez del goce representado por la madre.

LAMETÁFORA PATERNA

La intervención del padre real requiere además una condición precisa: que él tenga la posibilidad misma de intervenir. Posibilidad que le es dada sólo a condición de que la relación madre-hijo, ya inscrita en el campo humano de lo simbólico, sea susceptible de integrar válidamente la función fálica. Esta integración es un efecto de la operación que Lacan llama metáfora paterna. Lo que quiere decir que la relación triádica falo-madre-niño, su logro o su fracaso, su normalidad o su patología, está directamente correlacionada con el logro o el fracaso de la metáfora paterna.

¿Qué entiende Lacan por metáfora paterna? A la pregunta: ¿qué es el padre? Lacan responde: "El padre es una metáfora". [20] Este pasaje ilumina y revela acabadamente la transformación que sufre el Edipo freudiano en este momento de la enseñanza de Lacan. El complejo de Edipo es legible con el instrumento lingüístico de la metáfora según Jakobson.

En un primer tiempo lógico existe, para el niño, sólo la relación con la madre o, según Lacan, con el "Deseo de la Madre", [21] significante cuyo significado permanece enigmático, queda entonces una significación desconocida para el niño, queda una x.

En un segundo tiempo lógico, cuando el Nombre-del-Padre viene a sustituir al Deseo de la Madre, esta sustitución -que Lacan llama metáfora paterna-, tiene como resultado que el niño sale de la indeterminación debido a que "el efecto del Nombre-del-Padre es el de dar la clave de esta significación desconocida y de darla como significación fálica". [22] Lo cual abrirá al niño la vía para la regulación de su propio deseo y por ende, a una asunción regulada del goce fálico.

Toda la arquitectura del complejo de Edipo tiene entonces una piedra angular: "es lo que llamo el Nombre-del-Padre, es decir el padre simbólico". [23]

NOTAS

- [1] Freud, S., "Prefazione a Gioventù travolta di August Aichhorn" in Opere, vol. 10, Boringhieri, Torino 1978, p. 181.
- [2] Lacan, J., Il seminario. Libro XVII. Il rovescio della psicoanalisi, 1969-1970, Einaudi, Torino 2001, p. 208.
- [3] Lacan, J., I complessi familiari nella formazione dell'individuo, Einaudi, Torino 2005, p. 4.
- [4] Miller, J-A., "Linee di lettura", Postfazione a J. Lacan, I complessi familiari, cit., p. 95.
- [5] Lacan, J., Scritti, vol. I, Einaudi, Torino 1974, p. 270.
- [6] Ibidem., p. 270.
- [7] Cfr. al respecto los primeros siete capítulos de: J. Lacan, Il seminario. Libro V. Le formazioni dell'inconscio, 1957-1958, Einaudi, Torino 2004.
- [8] Lacan, J., Scritti, cit., p. 271.
- [9] Ibidem.
- [10] Ibidem, p. 552.
- [11] Freud, S., « Un ricordo d'infanzia di Leonardo da Vinci », Opere, vol. 6, Boringhieri, Torino 1974, p. 262.
- [12] Lacan, J., Il seminario. Libro III. Le psicosi, 1955-1956, Einaudi, Torino, 1985, p. 377.
- [13] Miller, J-A., "Tavola commentata delle rappresentazioni grafiche", in J. Lacan, Scritti, cit., p. 913.
- [14] Lacan, J., Il seminario. Libro VII. L'etica della psicoanalisi, 1959-1960, Einaudi, Torino, 1994, p. 87.
- [15] Lacan, J., Il seminario. Libro IV. La relazione d'oggetto, 1956-1957, Einaudi, Torino 1996, p. 25.
- [16] Ibidem, p. 27.
- [17] Ibidem, p. 71.
- [18] Ibidem, p. 191.
- [19] Lacan, J., Scritti, cit., p. 687.
- [20] Lacan, J., Il seminario V, cit., p. 176.
- [21] Lacan, J., Scritti, cit., p. 553.
- [22] J-A. Miller, in IRMA, La conversazione di Arcachon. Casi rari, gli inclassificabili della clinica, Astrolabio, Roma 1999, p. 142.
- [23] J. Lacan, Il seminario V, cit., p. 148.